

DE LA EUCARISTIA DE JESUS A LA MISA HISPANICA

PEDRO FARNÉS

1. Un tema interesante y fundamental

El título de este artículo seguramente extrañará a más de una persona. Sobre todo si se trata de quienes, acostumbrados a participar en la misa romana, se han asomado alguna vez a la celebración eucarística en rito hispano, sea porque han tomado parte en su liturgia, sea simplemente porque han ojeado alguno de sus libros. Y no obstante se trata de un matiz fundamental. Todo el interés que puedan tener los ritos de la liturgia hispana se reduce en el fondo a saber si con estos ritos se realiza de modo fiel y expresivo aquella celebración que el Señor legó a su Iglesia en la víspera de la pasión.

Los habituados a celebrar la liturgia romana se sentirán seguramente inclinados a pensar que ésta, en su simplicidad, está mucho más cerca de lo que realizó el Señor tal como lo relatan Nuevo Testamento y las fuentes primitivas que las variadas fórmulas de la liturgia hispana ¿Qué relación puede establecerse entre la aparente simplicidad de la fórmula de acción de gracias que pronunció Jesús y la complicada serie de hasta siete piezas variables cada día tal como en el interior de la liturgia eucarística en la liturgia hispana? Estas piezas, por otra parte, con frecuencia -sobre todo en las fiestas del santoral- tienen más relación con el santo celebrado que con el trasfondo bíblico de la plegaria eucarística del rito romano (o de los ritos orientales) La liturgia hispana ¿no será, pues, una celebración casi más devocional que propiamente bíblico-litúrgica, derivada del mandato del Señor?

Aquí tenemos un verdadero escollo que es preciso clarificar. Para abordar con gusto y para participar sobre todo con intensidad en la misa hispana es necesario captar y convencerse que en esta liturgia -igual que en la romana o

en las orientales- tenemos una verdadera y fiel realización de la Eucaristía que nos legó el Señor. Los matices son distintos, los modos de expresar diversos, pero el contenido del rito es idéntico y la fidelidad al Señor parecida. Si alguna diferencia hay ésta consiste no en una mayor o menor fidelidad sino en todo caso en una acentuación diversa de determinados matices manifestativos del misterio eucarístico. En este último supuesto celebrar la Eucaristía en un rito diverso y con acentos distintos a los habituales ayudará sin duda a enriquecer la vivencia y ampliar la visión de lo que representa la Eucaristía.

2. Ritos diversos en la celebración de la Eucaristía

Evidentemente que no vamos a trazar aquí una historia de los avatares de la misa a través de los siglos. La bibliografía sobre esta temática es abundante y las líneas maestras de la evolución de los ritos de la misa acostumbra ser conocida. Lo único que pretendemos aquí es, pues, subrayar dos importantes matices que no acostumbran ser tan conocidos: a) la génesis de los ritos eucarísticos no puede limitarse al discurrir de la última cena del Señor a la misa según el rito de nuestro misal sino que debe abarcar las diversas liturgias; b) la liturgia hispana no es *posterior ni deriva* de la romana sino que es *coetánea y autónoma* con respecto a la misma (cosa que no quiere decir que entre ambas no se den influencias mutuas). Una y otra liturgia provienen de la celebración de la Cena que, seguramente desde los mismos orígenes, se celebró con modos parcialmente diversos.

3. Un doble mandato del Señor en la última cena

Ante la gran diversidad de fórmulas que se han usado y se usan en la misa cabe preguntarse qué es exactamente lo que el Señor legó a su Iglesia. Simplificando -pero sin adulterar el mandato de Jesús- pensamos que puede decirse que el Señor dio como un doble mandato: a) bendecir a Dios por sus maravillas en general y b) hacer especial hincapié en el recuerdo y la acción de gracias por el tránsito pascual de su muerte y resurrección.

Jesús, en efecto, siguiendo el ritual judío -tanto del Seder pascual como del *Birkat ha-mazon*¹ mandó a los suyos *dar gracias*, es decir, *bendecir* a Dios

¹ El *Birkat ha-mazon* consiste en una bendición sobre el pan y sobre la copa que los judíos ya en tiempos de Jesús acostumbraba hacer antes y después de la cena de los viernes o en otras fiestas para inaugurar el Sabat o la fiesta del día siguiente. Hoy nadie duda que la Eucaristía cristiana está emparentada con esta bendición.

por sus maravillas. Tomó, en efecto, el pan, *bendijo* (a Dios) y añadió: *haced esto* (es decir, bendecid a Dios); de manera semejante, después de la cena, tomó la copa *dio gracias* y repitió: *haced esto* (es decir, dad gracias). Este fué el primer mandato: bendecir o dar gracias a Dios como hacía y hace aún habitualmente Israel. Este matiz de bendición es precisamente lo primero que aparece en las descripciones cristianas de la Eucaristía (y lo que significa la palabra *eucaristía*) ya desde los más remotos orígenes. San Justino, por ejemplo, describe la Eucaristía que sigue al bautismo en esta línea, es decir, como una bendición a Dios: «El que preside a los hermanos toma el pan y al mismo tiempo el cáliz del agua y del vino y *da alabanza y gloria* al Padre de todos por el nombre del Hijo y del Espíritu Santo y realiza largamente la *eucaristía o acción de gracias* por los dones que hemos recibido de él» (Apol. 65). Subrayemos que aquí Justino no especifica los dones por los que se bendice a Dios; dice simplemente que el que preside bendice a Dios por los dones recibidos.

Pero Jesús añadió un segundo matiz -o un segundo mandato-: hacer la acción de gracias incluyendo -al menos como elemento especialmente subrayado- la memoria de él: *haced esto* (benedicid a Dios) como *mi memorial*. Pablo, en la más antigua descripción que tenemos del rito eucarístico, es más explícito al respecto: el memorial de Jesús debe centrarse en su muerte: «Cada vez que coméis el pan y bebéis la copa proclamáis *la muerte del Señor*» (1 Co 11, 26). San Justino, por su parte, si bien en la Apología al emperador que hemos citado presenta la Eucaristía como una bendición a Dios por los dones recibidos, en otro de sus escritos añade: «En la conmemoración del pan y del vino *se recuerda la pasión* que por nuestro amor sufrió el Hijo de Dios» (Diálogo con Trifón, 117). Estas dos facetas o acciones -bendición a Dios y recuerdo de la muerte de Jesús- constituyen, pues, el núcleo central del mandato del Señor. Los dos testimonios (Nuevo Testamento y Justino (+ 165), ambos de la más primitiva tradición eclesial son suficientes -no sería difícil aducir otros textos- para decir que éstos son los elementos de «institución divina» (Sacr. Conc. 21) que deben vertebrar toda celebración eucarística.

4. El doble matiz de la Eucaristía en la liturgia romana y en la liturgia hispánica

Dicho ésto podemos pasar a ver brevemente como la liturgia romana y la hispánica realizan con acentos distintos el mandato eucarístico del Señor. Con el

discurrir de los siglos los dos matices de la Eucaristía -bendición a Dios y recuerdo de la muerte del Señor- fueron revistiéndose de otros elementos secundarios, que unas veces hicieron más expresivo el mandato de Jesús, otras por el contrario recubrieron sus líneas maestras haciendo más difícil su percepción (Cf. Sac. Conc. 21). Lo que no debe olvidarse en todo caso es que la aludida doble faceta -bendición a Dios y recuerdo de la muerte del Señor- nunca dejan de estar presentes y subrayados de una u otra forma ya desde los más antiguos textos eucarísticos.

Por lo que se refiere al ámbito romano muy pronto el recuerdo de la muerte y resurrección gana cada vez más terreno mientras la bendición a Dios por sus maravillas queda más en la penumbra. El antiguo texto de Hipólito (+ 235) - hoy bien conocido porque ha sido restituído al uso litúrgico en nuestra Plegaria eucarística II- es un testimonio antiguo y claro de este hecho: después de las palabras del Señor el celebrante añade: «Así, pues, Padre, al celebrar el memorial de la *muerte y resurrección de tu Hijo...* (matiz de recuerdo de la muerte y resurrección). El matiz de bendición o acción de gracias se contiene aparece ciertamente pero está menos destacado: al inicio de la Plegaria en lo que hoy nosotros llamamos prefacio y en el inciso unido al recuerdo de la pasión «*te damos gracias* porque nos haces dignos...». El Canon romano sigue el mismo camino. Los diversos prefacios son plegarias de bendición a Dios por diversas maravillas -no únicamente por la muerte y resurrección del Señor- y cumplen así el matiz de *dar gracias y bendecir* a Dios por sus dones, pero en el centro de la Plegaria -consagración y anámnesis- aparece siempre solo la muerte y resurrección del Señor.

En el ámbito hispano el subrayado es diverso. En la Plegaria eucarística la bendición a Dios es más amplia y extensa. El recuerdo de las diversas maravillas no se sitúa únicamente en lo que llamamos prefacio sino que abarca toda la Plegaria eucarística. Además la acción de gracias no se limita a la muerte y resurrección del Señor sino que abarca el conjunto de *dones que hemos recibido de él*, como quería Justino, sin excluir ni tan solo las maravillas obradas en el santo que se recuerda en la liturgia del día. El rito hispano no olvida ciertamente en la Eucaristía el memorial de la muerte y resurrección del Señor -al menos con unas breves frases situadas después de la consagración- pero se fija también y muy ampliamente en la acción de gracias por el conjunto de los dones recibidos del Señor. Este es el sentido de las diversas piezas, variables cada día según las fiestas que se celebran, de la Plegaria eucarística hispana. En ellas tenemos, por tanto, una expresión

diversa de la liturgia romana pero no menos fiel al mandato del Señor que quiso diéramos gracias por sus dones. Incluir, pues, en la Plegaria eucarística amplias referencias a las diversas maravillas obradas por Dios, contemplando y dando gracias, por ejemplo, por la maravilla que Dios realizó a través del paralelismo que se da entre la maternidad y virginidad de María y la maternidad y virginidad de la Iglesia (Plegaria eucarística de Navidad) o a través del encuentro de Jesús con la samaritana, o del milagro de dar la vista al ciego de nacimiento, o del de la resurrección de Lázaro (domingos II, III y V de cuaresma) o ante las maravillas realizadas en los santos (fiestas del santoral), no es en manera alguna alejarse del mandato del Señor. Como en el *Birkat ha-mazón*,² que incluía diversos embolismos o motivaciones de bendición según las diversas fiestas judías, así la Plegaria eucarística hispana bendice a Dios por sus diversas maravillas (oraciones variables de la plegaria de acción de gracias) sin dejar por ello de recordar *siempre y con especial subrayado* la muerte y resurrección de Jesús.

La notable diferencia entre la Plegaria hispana, compuesta de diversas piezas variables referidas a diversas maravillas recordadas según el calendario o las lecturas y la Plegaria romana en la que a lo sumo se hace en determinados días una breve alusión al misterio celebrado en el comienzo de la anáfora (prefacio), no es, pues, una diferencia substancial de fidelidad sino una simple diversidad de acento: en la liturgia hispana se subraya más la bendición o acción de gracias por las diversas maravillas o dones de Dios (Jesús *dio gracias* y mandó: *haréis esto*); en la romana, se remarca más la muerte y resurrección del Señor (*haréis esto como mi memorial*).

5. ¿Cómo se pasó en Roma a subrayar principalmente el memorial y en el ámbito hispano la acción de gracias más general?

Nuestro propósito es, como hemos dicho ya, relacionar la liturgia eucarística hispana con la cena de Jesús. Quisiéramos quedara clara la fidelidad de ambas liturgias -hispana y romana- al mandato de Jesús. Si los discípulos inmediatos del Señor hubieran celebrado una liturgia centrada únicamente en el memorial de la pascua de Jesús, y la hispana fuera una realización más difusa de la Eucaristía del Señor, deberíamos inclinarnos por una liturgia de tipo romano;

2 Con el que Jesús bendijo sin duda con frecuencia al Padre y que, según los estudios, está indudablemente emparentado con su mandato de de gracias dado en la cena y consiguientemente con la eucaristía cristiana.

si por el contrario lo enseñado por los discípulos más cercanos al Señor fuera una bendición amplia abarcando el conjunto de dones entre los que figurara -aunque fuera en lugar destacado- la pascua de Jesús, podríamos sentirnos más felices sirviéndonos de las fórmulas hispanas. Por ello una simple y breve alusión a algunos datos que han llegado a nosotros puede ser especialmente iluminativa a nuestro respecto.

Es precisamente en este ámbito donde creemos que el dilema puesto así no es correcto, y que la realidad es muy otra. Las dos liturgias -nacidas seguramente de dos tradiciones *probablemente independientes una de la otra*- son igualmente fieles, aunque de los dos matices *derivados ambos del mandato del Señor* una liturgia subraya más el uno y la otra otro.

Jesús mandó de hecho tanto *dar gracias* (¿con formularios variables, adaptados a los diversos días y acontecimientos como el «Birkat ha-mazon» judío?) como *hacer el memorial de su muerte* (con fórmulas que de si tienden a la uniformidad). Los discípulos obedecieron sin duda el mandato, pero no sabemos exactamente cómo (los relatos del Nuevo Testamento sobre la cena del Señor están seguramente en la raíz de la práctica litúrgica de la Iglesia, pero son excesivamente concisos para saber detalles).

En este contexto existe un indicio precioso a nuestro respecto que, sin ser definitivo, puede iluminar. Se trata del *Liber Pontificalis*, (una crónica de los hechos principales realizados por los papas); es un texto algo tardío, pero de indiscutible trasfondo histórico. Ahora bien, en la breve noticia sobre el papa Alejandro (+ 116, mucho antes, por tanto, de san Justino) dice que fue él quien «introdujo en oración sacerdotal de la misa el recuerdo de la pasión del Señor». ³ (La difícil interpretación de esta noticia aboga por su autenticidad) Sea lo que fuera de esta noticia por lo menos hay que admitir que quedó un recuerdo de que algo pasó al respecto en Roma y que este algo antes no acontecía; ¿se referirá precisamente a que en este momento (estamos a inicios del s. II) se introdujo en Roma lo que hoy llamamos la *anámnesis*, es decir, el recuerdo explícito que se hace de la muerte y resurrección del Señor después de la consagración y que no encontramos en la liturgia hispana (en su lugar hay la oración variable *Post pridie* que tiene referencia a temas diversos según los días)? Si ello fuera así tendríamos aquí dos desarrollos paralelos: en Roma la aparición de la *anámnesis* que no existía anteriormente, en las Iglesias hispanas la progresiva multiplicación de distintas bendiciones referidas a los dones de Dios conmemorados en días diversos. Dos desarrollos

3 Hic passionem domini miscuit in praedicatione sacerdotum quando missae delebrantur (DUCHESNE, *Liber Pontificalis*, París 1981, vol. I, pág. 127).

posteriores, ambos fieles al mandato del Señor aunque subrayando dos aspectos distintos del mismo (dar gracias o hacer el memorial)

Digamos por otra parte que en la liturgia hispana no falta tampoco una fórmula de memorial después de la consagración: no hay ciertamente ningún texto paralelo al romano *al celebrar el memorial de la muerte y resurrección de tu Hijo* pero de forma más sencilla, antes de la oración variable *Post pridie*, el celebrante dice a los fieles: «Cuantas veces comáis este pan y bebáis este cáliz *anunciaréis la muerte del Señor* hasta que venga glorioso desde el cielo, a lo que la asamblea responde: *¡Así lo creemos, Señor Jesús!*

6. Otra dificultad frente a la misa en rito hispánico: la ubicación del Credo

Una dificultad que pueden encontrar quienes eventualmente participen en la misa del rito hispano es la aparentemente extraña ubicación del Credo. En la liturgia romana está situado como conclusión de la proclamación de la palabra. En la misa hispana -además de que se dice siempre y no solo en las fiestas- esta ubicado después de la Plegaria eucarística, antes del Padre nuestro y de la comunión. ¿No resulta realmente rara esta ubicación? ¿No tendremos aquí un aspecto casi devocional, que violenta la dinámica de la celebración? El Credo y el Padre nuestro antes de la comunión, parecen ser actos devocionales «de preparación» a la misma. ¿El Credo en este momento ¿no rompe la dinámica de la misa?

Es cierto que la Plegaria eucarística está íntimamente unida a la comunión (el mandato de comulgar se incluye en las mismas palabras de la consagración) y que el Credo, introducido en el interior de la dinámica de la Eucaristía (por motivos que ahora no podemos explicar) aparece casi como un cuerpo extraño a esta parte de la celebración. Pero en la liturgia romana tenemos el mismo fenómeno -que nos extraña menos, no porque sea menos ajeno a la dinámica de la misa sino porque estamos ya habituados al mismo: se trata del rito de la paz que también rompe el nexo entre «Plegaria eucarística-comunión». En ninguna de las demás liturgias, ni en Oriente ni en Occidente, (ni en la hispana por supuesto) la paz figura intercalada entre la anáfora y la comunión. Ha habido ciertamente razones -no podemos aquí explicarlas- para introducir estas *rupturas* (la de la paz y la del Credo). Pero lo que no sería justo es acusar a la liturgia hispana por la ruptura que significa el Credo antes de la comunión mientras se acepta sin reparos nuestra uso que incluye también una ruptura bien parecida.

Que estas demasiado breves reflexiones ayuden a comprender y a vivir las riquezas de la celebración eucarística, sea en el rito que sea, y hagan descubrir una vez más que los misterios que celebramos en la liturgia superan el contenido objetivos de los dones del Señor.